

Tenemos una calle de cuerpo entero. Acicalada la indumentaria de su aspecto comercial y luego de dotar, pieza a pieza, su arcón de novia con el ropaje que la nueva aristocracia turística impone actualmente sobre el conjunto de nuestro panorama urbano, esta calle, sin darnos cuenta, ha tomado ya el cariz y la figura de un personaje con alma, al infundirle un espíritu que va mucho más allá de lo que el simple cálculo mercantil alcanza en sus prosaicas maniobras.

Hoy, y el transponer ya su fama el área en que se mueve nuestra simple jurisdicción local, la calle de la Rutlla constituye para la ciudad todo un valor positivo. Una piedra más en la diadema que engalana la gran popularidad de nuestra hora presente.

Obras son amores. — Y todo empezó con la instalación de unas simples papeleras. A este primer envite escuchamos algunas murmuraciones, por las muchas sinrazones que acostumbran a tomar partido en estos casos y porque el mundo está lleno de malas voluntades, de chistes y palabras necias. Constituir una Asociación de Vecinos para simplemente montar unas papeleras, era, según seguía pareciendo a los eternos perdonavidas, un clarinazo muy estridente para un concierto de poca monta.

Como el mundo no fué compuesto en un solo día —y eso que ello estaba en manos de Quien podía— vino luego la digna rotulación de la calle con la instalación de los murales dando la bienvenida, por lo que los tercios a toda idea nueva — que son los que mueren sin servir a ninguna— llamarla en aquel lapso la calle de los bienvenidos. Ni cortesías fueron para corresponder su saludo.

La calle de la Rutlla entronizaba más tarde a la Virgen Morena, proclamándola su titular y patrona, por cuyo motivo el Abad del Real Monasterio de Montserrat impartió seguidamente su paternal bendición en frases que la Asociación proyecta lapidar al pie de la Santa Imagen.

A continuación se instalaron los altavoces para dar fondo musical a los días de más tono y a las horas de mayor tránsito. Entonces ya los guasones empezaron a parpadear, sin más recurso que, a pequeños tragos, ir engulliendo su propia guasa.

«Fiat lux» y la luz se hizo. Pero se hizo como todo lo demás, rascándose el bolsillo propio, igual a como decimos que el movimiento se demuestra andando. Ocho farolas a lo largo de la calle y un contador de propiedad que, el muy chivato, sigue registrando los kilowatios consumidos. La obra al llegar aquí, entonces el aplauso fué general y entusiasta. La luz, una vez más, tragóse hasta la últi-

ma tiniebla.

Y, finalmente, vino por Navidad la decoración con arco luminoso, de los dos portales que, desde la Rambla y Maragall, dan acceso a dicha calle. En esta ocasión, como diría el redactor ante un siniestro, no hubo que lamentar más que dos votos y el hurto de unas cuantas bombillas.

Seis logros han sido, pues, los alcanzados, que es tanto como decir seis verdades como puños.

Números cantan. — El micromunicipio de la calle de la Rutlla lleva gastadas hasta el momento una bonita y redonda cifra de pesetas. Hay que ver los milagros que pueden hacerse con los números cuando los presupuestos se ven libres de todo lastre innecesario. He ahí un impuesto que ellos mismos se han creado y que la mayoría pagan con la devoción del rito y la alegría del deber cumplido. Porque deber no es hacer solo lo que mandan, sino lo que además uno se impone al dictado de una conciencia, cuando, ésta, de verdad existe. Y ojalá en proporción se lograra tanto, con lo mucho — infinito más — que se paga de mala gana.

Presencia de un espíritu. — Mientras cualquier Municipio puede ser depositado en manos de una generación a la que ni siquiera interesa redescubrir el Mediterráneo, una Asociación de Vecinos debe, en cambio, hacer lo que un ciclista; pedalear para no caerse de la máquina.

Aquellos, a los que les parece que todo en la ciudad está ya hecho, pueden tomar ejemplo de esta Asociación de Vecinos que se desvive por una obra que sabe no terminará nunca. Los proyectos que persigue importan una cifra ante la cual uno tiene que descubrirse.

De momento, vemos que esta Asociación reclamó ya su presencia como corporación de derecho público en otro de los aspectos de mayor monta cual fué la otorgación de un premio para los Juegos Florales de la Costa Brava. Lejos de recibir subvenciones, se impone voluntaria y sabiamente la doctrina de otorgarlas. Al enterarles de que el poeta Agulló tuvo su residencia en una casa de dicha calle, lo consideran ya un vecino de honor, por lo que se aprestaban a sumarse a los actos colectivos del homenaje que la ciudad iba a dedicarle lapidando en mayólicas y en ornato de la calle, retazos de la obra literaria que legó a la posteridad el genio y la pluma del bautista de la Costa Brava.

¿Puede, acaso, pedirse más? ¿O es que los pocos incredulos que por ahí se resisten precisarán todavía de un mayor impacto?

Dos piezas de suma transcendencia. — Para nosotros y en el aspecto ideal, la calle de la Rutlla